

TEORÍA Y PRAXIS

EMMANUEL KANT

III

DE LA RELACIÓN DE LA TEORIA CON LA
PRÁCTICA EN EL DERECHO
INTERNACIONAL, CONSIDERADA
DESDE EL PUNTO DE VISTA
FILANTRÓPICO UNIVERSAL, ESTO ES,
COSMOPOLITA*

(Contra Moses Mendelssohn)

* No se ve de inmediato de manera evidente cómo un supuesto universalmente *filantrópico* remite a una constitución *cosmopolita* y cómo ésta funda un derecho *internacional*, en tanto único estado en el que las disposiciones de la humanidad, que hacen a nuestra especie digna de ser amada, pueden ser convenientemente desarrolladas. La conclusión de esta tercera parte mostrará esa conexión.

¿Hay que amar a la especie humana en su totalidad, o ésta es un objeto que se tiene que considerar con indignación, al que se desea por cierto (para no volverse misántropo) todo el bien posible, pero sin esperarlo jamás de él, y del cual por tanto, más bien hay que apartar la mirada? La respuesta a esta pregunta depende de la que se dará a otra pregunta: ¿Hay en la naturaleza humana disposiciones desde las cuales se pueda comprobar que la especie no dejará de progresar hacia lo mejor y que el mal del presente y del pasado desaparecerá en el bien del futuro? Pues entonces podemos amar a la especie, al menos en su incesante aproximación al bien, mientras que de otro modo tendríamos que odiarla o despreciarla, diga lo que quiera en contra de ello la afectación de un amor universal al hombre (que sería entonces a lo sumo un amor de benevolencia, no de complacencia). Pues lo que es y sigue siendo malo, sobre todo en la violación mutua premeditada de los derechos más sagrados del hombre, no se puede seguramente evitar odiarlo, incluso esforzándose al extremo en hacer brotar en sí el amor: no precisamente para hacer mal a los hombres, pero para tener el menor trato posible con ellos.

Moses Mendelssohn era de esta última opinión (*Jerusalem*, segunda sección, pp. 44-47), que él opone a la hipótesis de su amigo Lessing acerca de una educación divina del género humano. Para él es una quimera "que el todo, la humanidad aquí abajo, deba en el curso de los tiempos ir siempre adelante y perfeccionarse". "Vemos, dice, que el género humano en conjunto hace pequeñas oscilaciones; y jamás dio algunos pasos hacia adelante sin retroceder poco después con redoblada velocidad a su estado anterior" (Esto es justamente la roca de Sísifo; y de este modo se toma la Tierra, como los indios, por lugar de expiación de antiguos y ahora ya no recordados pecados). "El hombre va más lejos, pero la humanidad oscila constantemente entre límites fijos, sube y baja; pero, considerada en conjunto, conserva en todas las épocas aproximadamente el mismo grado de moralidad, la misma proporción de religión e irreligión, -de virtud y vicio, de felicidad (?) y miseria". Introduce (p. 46) estas afirmaciones diciendo: "¿Queréis adivinar qué intenciones tiene la providencia para con la humanidad? No forjéis hipótesis" (antes las había llamado teorías); "sólo mirad en tomo de vosotros lo que realmente sucede, y, si podéis abrazar de una ojeada la historia de todos

los tiempos, mirad lo que ha pasado siempre. Este es el hecho; esto es lo que ha tenido que formar parte de la intención, que ha tenido que ser recibido, o al menos admitido, en el plan de la sabiduría".

Mi opinión es otra. Si es un espectáculo digno de una divinidad ver que un hombre virtuoso, en lucha contra contrariedades y tentaciones que llevan al mal, se resiste a ellas sin embargo, es entonces un espectáculo en grado máximo indigno, no diré de una divinidad, pero incluso del hombre más ordinario, pero honesto, ver que el género humano se eleva periódicamente a la virtud para recaer poco después tan profundamente de nuevo en el vicio y en la miseria. Contemplar un momento esta tragedia puede ser quizá conmovedor e instructivo, pero por último tiene que caer el telón. Pues a la larga eso se vuelve farsa, y, aunque los actores no se cansen de ello porque son bufones se cansará el espectador, que se harta con un acto o con otro tan pronto como puede inferir con fundamento que esa pieza que no acaba nunca es una eterna melancolía. Por cierto el castigo que sobreviene al final puede, al tratarse de un mero espectáculo, remediar las sensaciones desagradables por medio del desenlace. Pero dejar que en la realidad se acumulen innumerables vicios

(aunque entremezclados con virtudes) para que un día sean bien castigados, repugna - al menos según nuestra concepción - a la propia moralidad de un sabio creador y gobernador del mundo.

Por consiguiente podré admitir que, puesto que el género humano está, desde el punto de vista de la cultura, que es su fin natural, en progreso constante, ha de ser concebido también en progreso hacia lo mejor desde el punto de vista del fin moral de su existencia, progreso que ciertamente puede resultar a veces *interrumpido* pero jamás *roto*. No necesito probar este supuesto; tiene que probarlo el adversario del mismo. Pues me apoyo en mi deber innato e innato en cada miembro de la serie de las generaciones -en la que (como hombre en general) estoy, y sin embargo, con la constitución moral necesaria en mí, no soy tan bueno como debiera y, por tanto, pudiera ser -, deber de obrar sobre la posteridad de modo que ésta mejore constantemente (de lo cual por tanto hay que admitir también la posibilidad), y de modo que ese deber pueda transmitirse legítimamente de un miembro a otro de las generaciones. Ahora bien, aunque es posible que la historia haga surgir muchas dudas contra mis esperanzas, que, si fueran probatorias, podrían moverme a desistir de

un trabajo aparentemente vano, no puedo sin embargo, mientras aquello no se haya mostrado totalmente cierto, cambiar el deber (en tanto *liquidum*) por la regla de prudencia (en tanto *illiquidum*, puesto que esto es una mera hipótesis) de no proponerse lo impracticable; y por incierto que yo siempre pueda estar y permanecer acerca de si hay que esperar lo mejor para el género humano, esto, no puede sin embargo perjudicar a la máxima de que ello es factible, ni por tanto perjudicar a la necesidad de suponer esa máxima con una intención práctica.

Esta esperanza de tiempos mejores, sin la cual un deseo serio de hacer algo provechoso para el bienestar general jamás habría calentado el corazón humano, también ha tenido siempre influencia en el trabajo de los bien pensantes; y el notable Mendelssohn tuvo que haber contado sin embargo con ello cuando se esforzó tan solícitamente por la ilustración y la prosperidad de la nación a la que pertenecía. Pues trabaja en ello él mismo y por sí solo, sin que otros después de él continuaran el avance en la misma línea, no podía razonablemente esperarlo. Ante el triste espectáculo, no tanto de los males que agobian al género humano por causas naturales, sino más bien de los que los hombres se infligen

mutuamente, el ánimo sin embargo se serena por la perspectiva de un porvenir que podría ser mejor, y por cierto con benevolencia desinteresada, pues hará tiempo que estaremos en la tumba y no recogeremos los frutos que en parte hemos sembrado. Los motivos empíricos contra el éxito de estas decisiones inspiradas por la esperanza son aquí inoperantes. Pues pretender que lo que todavía no ha triunfado hasta ahora no triunfará jamás: esto no autoriza siquiera a renunciar a una intención pragmática o técnica (por ejemplo, la intención de los viajes aéreos en globos aerostáticos), pero menos todavía a una intención moral, la cual, si su efectuación no es demostrativamente imposible, deviene deber. Por lo demás se pueden dar muchas pruebas de que el género humano, en conjunto, ha progresado en nuestra época, en comparación con todas las épocas precedentes, hacia lo mejor de manera considerable desde el punto de vista moral (breves retardos no pueden probar nada en contra); y de que el alboroto que se hace en torno del irresistible envilecimiento creciente del género humano proviene precisamente de que, habiendo ascendido a un grado más elevado de moralidad, el género humano tiene ante sí un horizonte más amplio, y su juicio sobre lo que se es, en

comparación con lo que se debería ser, por tanto la autocensura es tanto más estricta cuanto más hemos ya subido en los grados de la moralidad en el conjunto del curso del mundo que ha llegado a nuestro conocimiento.

Si nos preguntamos ahora por cuáles medios se podría mantener ese incesante progreso hacia lo mejor, o incluso acelerarlo, vemos pronto que ese éxito que se adentra en lo lejano ilimitado no depende tanto de lo que *nosotros* hacemos (por ejemplo, de la educación que damos al mundo juvenil) y del método según el que *nosotros* debemos proceder para efectuar ese resultado, sino de lo que hará en nosotros y con nosotros la *naturaleza* humana para *obligarnos* a seguir una vía a la que difícilmente nos someteríamos por nosotros mismos. Pues es de ella, o más bien de la *providencia* (porque se requiere una sabiduría suprema para cumplir ese fin) que podemos solamente esperar un éxito que concierna al todo y, de aquí, a las partes, mientras que, por el contrario, los hombres en sus *proyectos* sólo arrancan desde las partes; e incluso no van más lejos, pues al todo como tal, demasiado grande para ellos, pueden por cierto extender sus ideas, pero no su influencia, sobre todo porque, al oponerse mutuamente en sus

proyectos, difícilmente se unirían para ello a partir de un propósito propio y libre.

Así como la violencia omnilateral y la miseria que resulta de ella tuvieron finalmente que conducir a un pueblo a la resolución de someterse a la coacción que la razón misma le prescribe como medio, a saber, a la de las leyes públicas, y entrar en una constitución *civil*, así también la miseria que nace de las guerras constantes, en las que los Estados tratan de reducir o someter a otros Estados, tiene que llevarlos finalmente, incluso contra su voluntad, a entrar o en una constitución *cosmopolita*; o, si semejante estado de una paz universal (como en efecto ha ocurrido varias veces con Estados demasiado grandes) es por otro lado todavía más peligroso para la libertad, puesto que acarrea el más terrible despotismo, entonces esa miseria tiene que coaccionar a los Estados a un estado que no es ciertamente una comunidad cosmopolita bajo un jefe, pero sí un estado jurídico de *federación* según un *derecho internacional* concertado en común.

En efecto, el avance de la cultura de los Estados, con la propensión creciente que la acompaña de ampliarse a expensas de los demás por astucia o por violencia, tiene que multiplicar las guerras, provocar

costos siempre más elevados, y por ejércitos siempre más acrecentados (con una paga permanente), mantenidos en pie y disciplinados, provistos de armamentos siempre más numerosos, mientras que crecen constantemente los precios de todas las necesidades, sin que se pueda esperar un incremento progresivo proporcionado a ellos de los metales que los representan; por otra parte ninguna paz dura bastante como para que el ahorro hecho en su transcurso iguale al gasto para la próxima guerra, contra lo cual la invención de las deudas públicas es por cierto un recurso ingenioso, pero que termina por destruirse a sí mismo; por tanto, lo que la buena voluntad habría debido hacer, pero no hizo, tiene finalmente que efectuarlo la impotencia: que cada Estado se organice en su interior de modo tal que no sea el jefe de Estado, a quien la guerra propiamente no le cuesta nada (porque la hace a expensas de otro, a saber, del pueblo), sino el pueblo, al que la guerra le cuesta, quien tenga la voz decisiva acerca de si debe haber guerra o no (para lo cual es verdad que se tiene que presuponer necesariamente la realización de esa idea del contrato originario). Pues el pueblo se guardará muy bien de ponerse en peligro de una indigencia personal que no alcanza al jefe,

por meras apetencias de expansión, o a causa de presuntas ofensas meramente verbales. Y de este modo la posteridad (sobre la cual no se harán caer cargas que no ha merecido) podrá también progresar siempre hacia lo mejor, incluso en sentido moral, sin que la causa de ello pueda ser el amor de la que ella sería el objeto, sino sólo el amor que cada época experimenta hacia sí misma, en cuanto cada comunidad, incapaz de dañar a otra más poderosa, tiene que atenerse únicamente al derecho, y puede esperar con fundamento que otras comunidades, precisamente formadas como ella, vendrán entonces en su ayuda.

Esto sin embargo no es más que opinión y mera hipótesis: incierta como todos los juicios que, para un efecto intentado que no está enteramente en nuestro poder, quieren asignarle a ese efecto la única causa natural que le conviene; e incluso como tal, esa opinión no contiene, en un Estado ya existente, un principio que permita al súbdito imponerlo coactivamente (como se mostró anteriormente), sino que -tal principio es sólo para los jefes libres de coacción. Aunque ciertamente no esté en la naturaleza del hombre, según el orden habitual, el desistir libremente de su poder, no es sin embargo imposi-

ble que esto ocurra en circunstancias apremiantes, de manera que se pueda tener esto por una expresión no inadecuada de los deseos y esperanzas morales de los hombres (cuando son conscientes de su impotencia): esperar de la *providencia* las circunstancias requeridas para ello: la providencia procurará al fin de la humanidad en el conjunto de su especie, para permitirle alcanzar su destinación última mediante el libre uso de sus fuerzas, tanto como éstas lleguen, un resultado al que se oponen precisamente los fines de los *hombres* considerados aisladamente. Pues precisamente la contraposición mutua de las inclinaciones, de las que nace el mal, procura a la razón un libre juego que permite someterlas en conjunto y hacer reinar, en vez del mal, que se destruye a sí mismo, el bien, que una vez que está ahí se mantiene por sí mismo en lo sucesivo.

* * *

La naturaleza humana en ninguna parte aparece menos digna de ser amada que en las relaciones mutuas de pueblos enteros. No hay un Estado que esté un instante seguro respecto a otro, en cuanto a

su independencia o su propiedad. La voluntad de someterse o de disminuirse recíprocamente es constante; y el armamento defensivo, que a menudo hace que la paz sea más opresiva todavía y más ruinosa para la prosperidad interior que la guerra misma, jamás puede disminuir. Contra esto no hay otro medio posible que (por analogía con el derecho civil o político de los particulares) un derecho internacional fundado en leyes públicas apoyadas por la fuerza, a las que cada Estado tendría que someterse; -pues una paz universal duradera por medio de lo que se llama *equilibrio de las fuerzas en Europa* es como la casa de Swift, que había sido construida por un arquitecto tan perfectamente según todas las leyes del equilibrio que se vino abajo cuando un gorrión se posó en ella: es una mera quimera -. "Pero, se dirá, jamás los Estados se someterán a tales leyes de coacción; y la propuesta de un Estado universal de pueblos a cuyo poder deben conformarse libremente todos los Estados singulares para obedecer sus leyes puede sonar bien en la teoría de un abate de Saint Pierre o de un Rousseau, sin embargo no sirve para la práctica: pues de esa propuesta siempre se han burlado los grandes hombres de Estado, y

más todavía los jefes de Estado, como de una idea pedante y pueril salida directamente de la escuela".

Por mi parte confío, por el contrario, en la teoría que parte del principio de derecho que enuncia cómo *debe ser* la relación entre hombres y Estados, y que recomienda a los dioses de la Tierra la máxima de proceder siempre en sus conflictos de modo tal que por el mismo resulte introducido ese Estado universal de los pueblos, y de admitir así que ese Estado es posible (*in praxi*) y que *puede existir*, pero al mismo tiempo confío también (*in subsidium*) en la naturaleza de las cosas que constriñe a ir hacia donde no se quiere ir por propia voluntad (*fata volentem ducunt, nolentem trahunt*). Pues en esta naturaleza de las cosas se tiene en cuenta también la naturaleza humana: a la cual, puesto que en ella se mantiene siempre vivo el respeto del derecho y del deber, no quiero ni puedo tenerla por hundida en el mal hasta tal punto que no deba triunfar finalmente sobre el mal la razón moral práctica después de muchos intentos infructuosos, y presentar esa naturaleza humana como igualmente digna de ser amada. Así, pues, también desde el punto de vista cosmopolita se continúa en la afirmación: lo que por funda-

mentos racionales vale para la teoría, vale también para la práctica.

I. KANT

KÖNIGSBERG